

Antonio O'Connell en Universum

Antonio Calera-Grobet

El Museo de Ciencias Un i versum tiene el honor de invitarlo a la presentación estelar de cómo se lo come un virus.

O en otras palabras: el Museo de Ciencias Un i versum tiene el horror de su invitado de honor: un virus, el del artista y arquitecto Antonio O'Connell.

Clavos, martillos y madera: atificio, artesanado, carpintería elemental, precaria, original.

Y es que la obra de Antonio O'Connell es algo que debe invitarse a conocer por familiar. Tanto como la casa de la familia Robinson (de palma, de rama, de hoja, de natura), o bien como el techo en que viviera otro Robinson (el Crusoe), perdido en una isla. Y es que la arquitectoescultura de O'Connell es como esas cosas que se levantan en los libros infantiles, papeles mecánicos, una casa o cabaña hecha de estacas, es ese *blues* de la cabaña o ese *jazz* de la cabaña, porque no se trata en su obra sino de eso: de *jazzear*, de improvisar con la madera, el eterno resplandor de ésta que se levanta como acordes o discordes de una melodía: armónicos a veces y en otras no, los leños o los polines o los barrotes.

Equilibrando sus pesos y sus medidas.

Como pesos y medidas que van por la fusión, por la confusión.

Como un esqueleto de insecto que guarda sus entrañas.

Como el exoesqueleto de un insecto.

Los insectos tienen el esqueleto por fuera para cuidar sus entrañas. Pero los insectos de Antonio O'Connell no guardan ninguna entraña, guardan otros esqueletos.

Eso es: la arquitectoescultura o instalación de maderas de O'Connell es un astillero que no hace barcos: es un astillero que hace astilleros: un astillero astillado por-

que O'Connell no hace barcos, no va de ninguna manera hacia la mar, O'Connell permanece quieto como pica sin Flandes, el que se queda en la tierra destacado, fincado y negándose a morir.

La obra de O'Connell es un árbol genealógico negándose a morir.

Anti Pedro Páramo: anti *Rolling Stone* anti Alfredo Jiménez: no tiene por qué regresar como guijarro a la tierra, no tiene por qué ser una piedra rodante o una piedra en el camino.

Porque recordemos que quiere ser una estaca clavada, un palo ardiente tatemado por el sol.

Para morir como los árboles que le dieron vida: morir de pie por toda su vida quemado por el sol.

Porque el Museo de Ciencias Universum de la UNAM tiene el honor de invitarle a su reloj de sol, su escultura para atrapar el sol.

En las piedras volcánicas de la Ciudad Universitaria se presenta con honor una arquitecto-esqueleto-escultura para guardar el sol en sus entrañas.

Obra de Antonio O'Connell: un arquitecto de esqueleto fuerte que lo distingue entre los demás.

Porque habríamos de saber que Antonio O'Connell es un atleta distinguido por treparse a su esqueleto.

En donde no firma los planos de sus obras disciplinadamente, bajo el sol.

Sino que se trepa y hace su escultura.

Una escultura en ese sentido casi griega, el cuerpo y las ideas en perfecto equilibrio filosófico-occidental.

Un escultor apolíneo: porque Antonio O'Connell quiere ser el arquitecto más hermoso, el más alto, el más fuerte, el más rápido y el más hermoso. Adonis y Apolo en perfecto equilibrio de pesos y medidas.

Por eso las de O'Connell no son otra cosa que esculturas griegas.

O mejor dicho ruinas de esculturas griegas.

O ruinas griegas solamente: "Anónimas por supuesto como toda ruina": Octavio Paz.

Son eso que queda de un santuario, de un santuario para mariposas secas de sol.

Para polillas.

Eso es también: una catedral que oculta el vacío que nos dejó la pérdida de la fe.

La obra de Antonio O'Connell no sólo es la postrimería de una obra sino algo más: es Schwitters, Jean Tinguely, Matta-Clark, Edward James no en la Huasteca sino en la ciudad.

O'Connell como hidalgo de la ciudad posapocalíptica.

"Una rima a las bardas leprosas de Nueva York" (de un poema de Luis Felipe Fabre).

Es una manera de ver el verdín y la herrumbre.

El óxido del fierro y el moho de las cabañas.

Y es que la obra de O'Connell, a pesar de no tener pulso, vive.

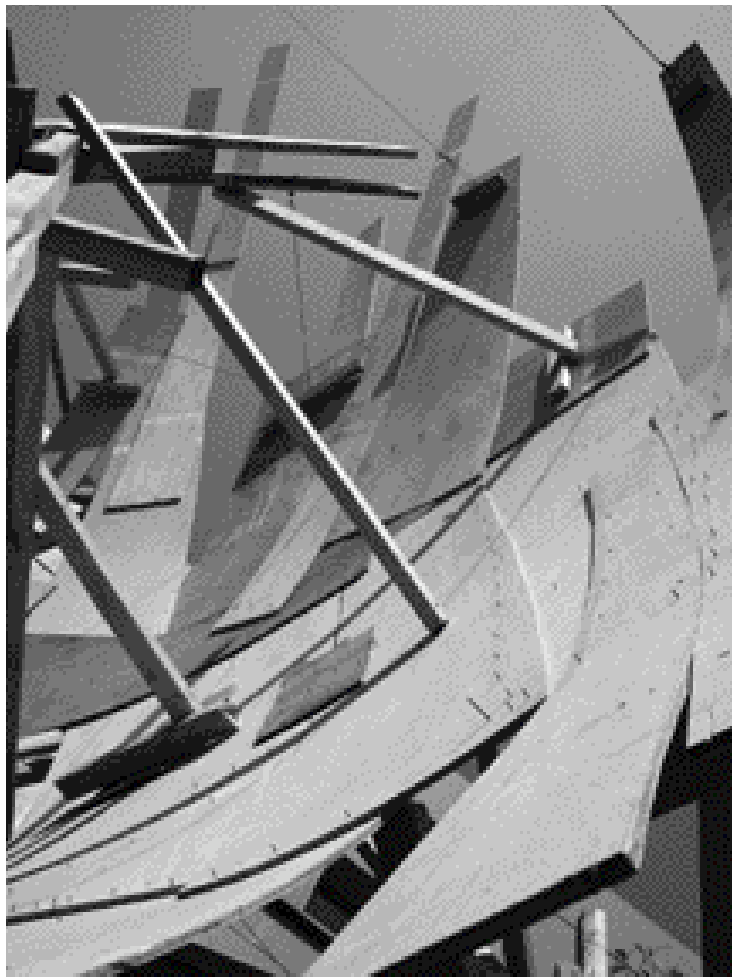
Conversa.

El Museo de Ciencias advierte a los estudiantes de la UNAM y a los visitantes: no se aconseja, de ninguna manera inocular el virus de Antonio O'Connell: podría usted perder la inocencia de la arquitectura convencional.

Por lo demás: Antonio O'Connell *vs.* Enrique Norten.

Frank Gehry.

Antonio O'Connell es igual al Mercado de la Merced, a los cinturones de miseria, a las ciudades sin pintar, al México bárbaro de la salida a carretera: naturaleza muerta,



Exposición de Antonio O'Connell en el Museo de Ciencias Universum

palillos chinos, flechas que cayeron al azar en un territorio despojado de memoria.

La obra de O'Connell es lo que quedará de la ciudad cuando no quede nada, o representa como diría el incansable Paz, "la ciudad que nos sueña a todos y que todos hacemos y deshacemos y rehacemos mientras soñamos".

Más cercano al *tippi* que al *coffee*, a la choza que al *lounge*.

Porque Antonio O'Connell es más de lo que permanece que de lo que se escapa, más cerca al origen que al futuro.

Antonio O'Connell en ese caso hace una estructura que viaja en el tiempo: primiti-

va, es un trilobite, es un tótem no panteísta, representa un intelecto, no un animal.

Antonio O'Connell es el simio, el orangután o el primate en un templo de silencio y es el atleta de un circo romano, gran seductor.

No sabemos de dónde viene su obra, pero sabemos que está en entredicho, es un dinosaurio que perdió la carne, es un paréntesis, una escenografía, materia que el musculoso espíritu de Rauschenber apreciaría.

Antonio O'Connell está loco, habla con la madera, la huele, la pone dentro de su piel para guardarla consigo.

Astilla, apunta al torrente sanguíneo.

La obra de Antonio O'Connell tiene sed, pero en CU no hay agua.

En la obra de Antonio O'Connell no hay fantasmas, en Ciudad Universitaria sí, pero no van a la obra, van a la Biblioteca Central, al Parque Escultórico, nadie va a la obra de Antonio O'Connell.

Del espectador depende si va hacia la luz o hacia la oscuridad.

El Museo de Ciencias Universum le da la oportunidad de elegirlo, visite la obra.

La obra de Antonio O'Connell es el ruido de fondo que sinceramente agradecemos. **U**

No sabemos de dónde viene su obra, es un dinosaurio que perdió la carne, es un paréntesis, una escenografía...